

# LETRAS

## Letrillas

# LETRONES

### VIDAS

## EL GRAN AMOR JUDÍO DE MUSSOLINI

**E**l pasado 18 de julio se cumplieron setenta años de que Margherita Sarfatti, la poderosa y bellísima amante de Mussolini, partió de su ostracismo en Buenos Aires para regresar a la Roma de postguerra en un vuelo de Aerolíneas Argentinas. Había permanecido exiliada durante siete difíciles años entre Uruguay y la Argentina, tras abandonar su patria por las leyes raciales que impuso el fascismo para satisfacer las órdenes de Berlín. La vida y acciones de esta mujer excepcional brindan enseñanzas de alto voltaje.

Margherita fue hermosa, culta y apasionada, dominaba cuatro idiomas y conoció a Benito Mussolini durante sus juveniles luchas marxistas. Lo siguió en su rápido ascenso al poder, hasta convertirse en una de sus propagandistas más convincentes dentro y fuera de Italia, incluso en los Estados Unidos, donde fue recibida con honores por el presidente Roosevelt y su esposa Eleanor. Alternó con periodistas de la talla de William Randolph Hearst, quien la invitó a su residencia en San Simeón. Discutió en el fermentativo mundo intelectual de su época y forjó una amistad irrompible con el presidente de la Universidad de Columbia, en cuyos archivos se guardan como un tesoro la mayoría de las cartas y docu-

mentos intercambiados por ellos. Se decía entonces que Roma volvía a ser la capital del mundo y que Roosevelt aplicaba las políticas económicas de Mussolini.

Millones de oyentes escucharon las exposiciones de Margherita en fluido inglés por la cadena NBC: Italia había superado la anarquía de la guerra, conseguía un rápido crecimiento económico, eliminaba la lucha de clases y evitó el genocidio que hubieran perpetrado los bolcheviques. Las artes y ciencias recibían un gran impulso del Estado. La “mano fuerte” del líder convenía a la tradicional indisciplina de los italianos y rendía beneficios. “¿Qué era el fascismo? –insistía–. ¡Es socialismo!” El socialismo bueno, inclusivo, esperanzador. Había dejado atrás la imperfecta democracia con sus elecciones caprichosas y las exclusiones comunistas plagadas de injusticias y delirios que llevaban a un incremento de la pobreza.

Margherita y Benito habían mantenido un prolongado romance que fue roto cuando el Duce aceptó someterse a las leyes raciales que exigía Hitler con férrea obsesión. Ella fue entonces autorizada para partir hacia el exilio. Era una brutal ironía para quien había sido resonante difusora de las ideas cautivantes del fascismo y ahora se convertía en su víctima. Quedó entre dos fuegos: el odio de los antifascistas y el odio de los fascistas que no le perdonaban su origen judío.

Luego de pasar por París y no conseguir ingresar en los Estados Unidos, fue a establecerse durante siete años a Uruguay y la Argentina. Ya era amiga del gran pintor vanguardista Emilio Petorutti. Su agitada y zigzagueante historia es narrada con precisión y suspenso por Daniel Gutman en su libro *El amor judío de Mussolini, del fascismo al exilio*, editado por Lumiere.

Mussolini tuvo decenas de amantes. Pero Margherita no fue una más del harén: su relación duró décadas y estuvo mechada por polémicas. Aunque el Duce solía decir que “los judíos son mis peores enemigos” y se opuso a que su hija Edda se casara con uno de ellos, no los persiguió y mantuvo como ministro de Finanzas al economista judío Guido Jung hasta 1935. Finalmente casó a Edda con el conde Galeazzo Ciano, a quien designó canciller cuando tenía 33 años, el más joven de Europa. Ciano más adelante lo traicionó y fue fusilado por los mismos fascistas en presencia de oficiales nazis.

A medida que crecía su poder, menos toleraba Mussolini los disensos, en particular los de origen femenino. Esto marcó crecientes diferencias con Margherita. Además, el Duce empezó a elegir amantes cada vez más jóvenes. La última, Claretta Petacci, tenía 32 años menos que él.

Margherita publicó varios libros, muchos dedicados al arte. Fue la autora de la primera biografía oficial del Duce –*Dux*– que se tradujo a dieciocho

idiomas, agotó innumerables ediciones y le dio fama universal. Lo exaltó como el hombre que se hizo a sí mismo y enderezó la historia de Italia. A Margherita la calificaron “zarina del arte”. Ante su presencia se inclinaban, reverentes, funcionarios y diplomáticos. En su hogar, no obstante la propaganda, coleccionaba obras novedosas de autores que luego el nazi-fascismo condenó.

Como dijimos, había conocido a Mussolini en la juventud, cuando éste editaba en Milán el periódico socialista *Avanti!* Ella era una deslumbrante pelirroja, miembro de una aristocrática familia judía radicada en Venecia desde hacía centurias, dato que impresionó al hijo de herrero, muy histriónico, pero poco esclarecido. Escuchó con embleso relatos, descripciones y teorías acumuladas en la mente de esta mujer refinada y excepcional.

Más adelante, en su doloroso ostracismo que empezó por Suiza y Francia, Margherita volvió a encontrarse con una vieja conocida, Alma Mahler, quien huía con su nuevo esposo, el poeta judío Franz Werfel. Alma escribió entonces: “Cuando la vi por primera vez, era la reina sin corona de Italia; ahora es una mendiga real en el exilio; viene a visitarnos con frecuencia y su vitalidad anima a todos los emigrados”. La frecuentaban Jean Cocteau y otros personajes ilustres; dio numerosas conferencias en el Louvre en perfecto francés; su erudición y su encanto asombraban.

Margherita escribió que, desde que había llegado a su transitorio exilio parisiense, se sintió rodeada por gente buena, lejos del veneno, la presión, la falsedad y la crueldad. Pero “mis libros en Italia ahora no son leídos. Creo que serán quemados con todos los libros escritos por judíos en una ceremonia solemne”. Muchos de ellos habían sido prologados por el mismo Duce y ese absurdo sonaba a humor negro. “Las medidas tomadas por Italia en tres semanas van más lejos que las de Alemania en cinco años de sistemática persecución”. Esto se contradecía con la promesa que Mussolini había tras-

mitido a millones de italo-americanos y a toda América, de que jamás tomaría medidas antisemitas. Margherita advirtió un perfil que antes se había resistido a ver: el cínico oportunismo del hombre que había amado.

En el primer encuentro que habían tenido ambos dictadores en 1934, Mussolini dijo a Hitler que defendería la independencia de Austria. Luego, mareado por delirios imperiales, lo apoyó en todo lo que exigía el teutón, incluidas las leyes raciales y, más adelante, la guerra.

Antes de expulsarla, el Duce había vuelto a pedir la ayuda de Margherita para mejorar su posición internacional, deteriorada por su brutal invasión a Etiopía. Pero en mayo de 1936, frente a una multitud extasiada, anunció el triunfal nacimiento del Imperio Fascista. La Sociedad de Naciones le aplicó sanciones. No obstante, Estados Unidos se negó a cumplirlas en su totalidad por ruegos de Margherita al presidente Roosevelt. Ella todavía conservaba la esperanza de impedir que Mussolini siguiera a Hitler. De haberlo logrado, Italia no habría participado en la Segunda Guerra Mundial, esquivándola como pudo hacerlo el astuto Franco. Entonces, ¿qué habría pasado con el fascismo y su fundador?

Al estallar la guerra, el cónsul italiano en Barcelona, que había sido amigo de Margherita, le aconsejó huir enseguida de Europa y le consiguió un pasaje en el trasatlántico *Augustus* rumbo al Río de la Plata. Durante la escala en Río de Janeiro fue abordada por los periodistas y ella se limitó a decir “de política no hablo”. En Montevideo la esperaba su hijo Amedeo, también expulsado de Italia. El periódico *Marcha* quiso extraerle secretos, pero Margherita Sarfatti replicó que venía a estudiar el arte precolombino. El periodista describió su rostro marcado por los embates del tiempo: de su pasada belleza triunfante e irresistible aún quedaba la mirada femenina y alegre de sus grandes ojos verdosos. Sólo atinó a balbucear “Europa... la pobre Europa, ya no sabe buscar su felicidad”. Otro



Margherita Sarfatti y su hija Fiammetta.

diario tituló que “Margherita Sarfatti, el gran amor del Duce, vive desterrada en Montevideo”. La revista *Atlántida* de Buenos Aires pudo extraerle confesiones de sus primeros años de lucha, llenos de sueños e intenciones revolucionarias limpias, fraternas.

Escribió al pintor Emilio Pettoruti, quien había sido celebrado en el salón de Margherita en Milán, y que en ese momento dirigía el Museo de Bellas Artes de La Plata. La invitó enseguida, enterado de su tragedia, pero chocó con la intelectualidad antifascista que no olvidaba los servicios que ella había prestado al odiado movimiento. Tampoco pudo conseguir el apoyo del importante periodista Natalio Botana ni de los grandes diarios *La Prensa* ni *La Nación*. Trató de conectarse con Victoria Ocampo, una personalidad poderosa y respetada, que había visitado al Duce en 1934, antes de su agresión en África, para exponerle sus ideas feministas. Mussolini la atendió cortésmente, pero al despedirla en la puerta, la espantó con esta frase: “¡Le donne, per parire!” (¡Las mujeres, para parir!). Victoria no lo olvidó. Su revista *Sur* tomó partido en favor de Gran Bretaña y Francia, no sólo por eso, sino por sus ideas incorruptiblemente democráticas: “Permanecer neutrales ante su suerte es permanecer neutrales ante nuestra propia suerte”.

Victoria Ocampo, junto con Natalio Botana, fundó en 1940 la dinámica Acción Antifascista.

La presencia de Margherita Sarfatti en el exilio desconcertaba. Los judíos italianos la esquivaron. Pero Victoria Ocampo, fiel a su estilo rebelde, tuvo el coraje de extenderle un consuelo. Le escribió a su amigo Roger Caillois: “Ya ves, perdono muchas cosas” y agregó que lo hacía con quienes no son personas insustanciales. La acompañó a la primera conferencia que dio Margherita en Buenos Aires, titulada “De la novela histórica a la historia novelada”, dedicada a la literatura francesa. Victoria, al presentarla, evocó que Margherita Sarfatti escribía artículos anónimos desde los 14 años en diarios socialistas y recordó su campaña en favor de las libertades en 1914. Evocó su primer libro, *La milicia femenina en Francia*, sus cursos en italiano, francés, inglés y alemán, sus actuaciones en las universidades de Berlín, Colonia, Amsterdam, Grenoble, Columbia, y su devoción por el arte italiano. Respecto a sus vínculos con Mussolini, piadosamente, no pronunció una palabra.

Luego le empezaron a publicar artículos en diarios y revistas junto a las firmas más destacadas del momento, todas ellas antifascistas. Deslumbraban sus conocimientos sobre la literatura de diversos países europeos y era una experta insuperable en la *Divina Comedia*. Pasaba los veranos en Montevideo y los inviernos en Buenos Aires. Por fin consiguió la simpatía de Natalio Botana, quien se fascinó ante el acopio de cultura, gracia y belleza que reunía esta mujer.

Margherita siguió el dramático curso de la guerra y celebró la victoria aliada. También se mantuvo alerta frente a los acontecimientos que agitaron la Argentina desde comienzos de los cuarenta. El naciente fenómeno peronista le generó un incómodo *dejá vu*. Perón había sido agregado militar en la Italia de preguerra y no ocultaba su admiración por Mussolini; también había realizado una escapada a la Alemania nazi. No se manifestaba racista, pero le

parecía sabia la *Carta del Lavoro* y otros instrumentos usados por el fascismo.

Margherita Sarfatti prefirió concentrarse en sus caudalosos conocimientos artísticos y marginarse de la política hasta su muerte en Italia, en 1961. A setenta años de su partida del continente americano, sigue irradiando un fascinante atractivo cargado de complejidad. —

— MARCOS AGUINIS

## CARTA DESDE CARACAS

### EL DICTADOR DIALÉCTICO

**D**emócrata es aquel que reconoce que un voto marca la diferencia y que el triunfo corresponde a quien más votos tiene. En ese sentido Hugo Chávez, el soñador bolivariano, cumplió con el precepto democrático y aceptó que su pueblo le dijo no al socialismo del siglo XXI.

El pasado 2 de diciembre, 4,5 millones de votantes dijeron no a las reformas que proponían modificar 69 de los 350 artículos de la Constitución de Venezuela. La reforma significaba la eliminación del límite de dos mandatos en el cargo de presidente y la extensión de seis a siete años, y la concesión al gobierno para censurar a los medios en caso de emergencia.

Así, con menos de dos por ciento de diferencia en los sufragios, se puso freno en la ruta hacia una doctrina basada en el concepto bolivariano de unidad latinoamericana, fuerza del pueblo y una economía basada en el cooperativismo.

Desde 1998, Hugo Chávez ha podido vivir y proclamar su destino entre sueños, pero ésta es la primera vez que sus errores, improvisaciones, falta de seriedad y determinismo populista lo han puesto, sin remedio, frente a la posibilidad de un amargo fin.

Hasta ahora Estados Unidos no ha podido, o no ha querido, acabar con la utópica Revolución Bolivariana. Tampoco las protestas de los opositores

o las denuncias internacionales de los medios de comunicación. A Chávez lo están acabando los chavistas.

Si debemos fijar un inicio para este fin es diciembre del 2006. Tras su segunda victoria electoral y ocho años en el poder, el comandante inició la ruta hacia lo que denominó el “socialismo del siglo XXI”, que entre otras medidas implicó la fusión de todas las organizaciones políticas afines a la cruzada contra el “imperialismo estadounidense” a través del Partido Socialista Unido de Venezuela (PSUV).

Con estas medidas, Chávez preparó un coctel explosivo, al que podemos añadir sus constantes tropiezos en la arena internacional, siendo uno de los más notorios las doce semanas de mediación entre las FARC y el gobierno de Colombia. Ahora, el caudillo debe contemplar cómo su amiga Cristina Fernández de Kirchner acepta, por encargo del presidente Sarkozy, la misma misión y la posibilidad de que Felipe Calderón Hinojosa también intervenga.

El 11 de abril del 2002, cuando un golpe de Estado lo alejó del poder durante 48 horas, el comandante fue sorprendido a tal punto que aceptó abandonar el Palacio de Miraflores a cambio de un avión que lo trasladara, junto con su familia, a Cuba.

De haberle cumplido esta petición, los golpistas hubieran terminado con la carrera política de Chávez, pero la casualidad y los errores hicieron que la historia volviera atrás y el niño de Barinas resurgiera más fuerte que los militares golpistas, los oligarcas, el Opus Dei e incluso el monstruo imperialista norteamericano.

En aquel momento, el ahora ex ministro de Defensa Raúl Isaías Baduel —amigo personal y compañero de estudios en la década de 1970— fue clave para el fracaso golpista; mediante la operación “Restitución de la Dignidad Nacional” logró que Chávez volviera.

A partir de ahí, se hubiera podido esperar que Chávez aprendiera el siniestro aspecto sanguinario del oficio de dictador, sin embargo, nadie podrá

negar que no ha querido matar, y eso tenemos que agradecerlo.

El comandante es, en todo caso, un dictador dialéctico, un maestro —él mismo hijo de maestros— que quiso enseñar la materia “dignidad” según sus preceptos bolivarianos.

Chávez se autoerigió como el maestro capaz de aleccionar al resto del continente sobre cómo reducir los índices de pobreza con base en programas sociales con financiamiento directo del mayor tesoro venezolano: el petróleo. Programas como Mercal, que beneficia a cuatro de cada diez venezolanos con alimentos subsidiados, o Misión Robinson que ha alfabetizado a 1,5 millones de personas logrando que en 2005 Venezuela fuera declarada “Territorio Libre de Analfabetismo” por la UNESCO, se han convertido en una punta de lanza para su revolución.

Chávez quiso y consiguió, en cierto sentido, recomodar la brecha cada vez más profunda entre los marginados y ese río convertido en una especie de maldición nacional llamado petróleo. Pero sus enseñanzas fracasaron. El voto de rechazo hacia su tentativa de permanencia ilimitada en el poder fue su nota reprobatoria en la materia de definición histórica.

Lo anterior se podía prever desde un mes antes, cuando, en noviembre, su ex compañero de armas y aventuras, Raúl Isaías Baduel —socialista él mismo—, señaló en voz alta: socialismo sí, pero ¿hacia dónde? Baduel hizo entonces un llamado a los venezolanos para no dejar “que les quiten poder de manera fraudulenta”, e instó a estudiar las reformas constitucionales detenidamente, ganándose de inmediato el apelativo chavista de “traidor”.

La ruptura con Baduel evidenció no solamente el error y fracaso de la jornada del 2 de diciembre, sino que significó el freno de la Historia sobre el avance del “socialismo bolivariano” en la vida de Venezuela. Baduel no estaba de acuerdo con la escalada hacia ningún lugar de Chávez, y al expresarlo, se desligaba no sólo del compañero, sino de un rumbo de país; marcó distancia de una dialé-

ctica atropellada y de un gobierno que no ha logrado concretar el desarrollo que Venezuela pide a gritos.

Si bien las políticas del socialismo chavista lograron reducir dieciocho puntos porcentuales su tasa de pobreza del 2002 al 2006, según datos de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), es innegable que Chávez ha enseñado a su pueblo a esperar los beneficios de los programas sociales pagados con el petrodinero, pero no ha conseguido ponerlo a trabajar.

Él mismo lo reconoció, luego de aceptar la derrota: “El que venga a decirme que no fue a votar porque no le llegó la beca a tiempo, porque su hija no consiguió cupo en la Universidad Bolivariana... yo prefiero que se pase para la oposición. Prefiero y quiero verdaderos revolucionarios, y no revolucionarios de pacotilla, que seamos capaces de abandonar nuestros intereses particulares.”

Pero ése no fue el factor absoluto de la derrota. Los que se atrevieron a salir a la calle, concretando el adiós definitivo a un gobierno que no funciona, fueron las nuevas generaciones, las que han quedado sin más destino que la migración: el número de venezolanos que viven en España, por ejemplo, ha pasado de seis mil a treinta mil de 1998 a la fecha.

Los jóvenes tomaron la calle, los líderes estudiantiles consiguieron movilizar a un pueblo que, entre chavistas y antichavistas, reconoció la falta de claridad respecto de hacia dónde lo quería llevar un presidente cada vez más locuaz. Pero no nos equivoquemos, el resultado del referéndum no solamente fue contra Chávez, sino también contra la incapacidad política heredada de la IV República, que de 1830 a 1999 permitió y cultivó una perniciosa convivencia entre democracia, corrupción y el bipartidismo político (adecos y copeyanos).

El adiós de los jóvenes significa el despertar de una sociedad que quiere algo más, y en ese algo más hay que descubrir también las razones de un fracaso histórico.

Se acerca el 2009, y con ello el fin de la era Bush. Cuando George hijo deje la cabeza del gobierno de Estados Unidos, Chávez ya no tendrá sentido. No debemos olvidar que es debido al fracaso de una clase política, y al descuido de Bush —que se olvidó de América en pos de una frenética persecución terrorista—, que el fenómeno Chávez pudo alcanzar las proporciones que hoy vemos.

Hoy el presidente venezolano enfrenta el desafío de la trascendencia: luego de haber tenido todas las oportunidades de cambiar la Historia, ¿resultó ser sólo un demagogo irresponsable, que simplemente tiró por la ventana las oportunidades que le dio su pueblo? Un maestro que no logró enseñar porque no aprendió las lecciones de la Historia y no tuvo las herramientas dialécticas necesarias para administrar los recursos de los venezolanos. —

— ANTONIO NAVALÓN



Norman Mailer, vociferante.

## LITERATURA MAILER, UN ESCRITOR MALEDUCADO

**D**os semanas antes de la muerte de Norman Mailer, me encontraba en Viena realizando una lectura cuando de la nada apareció en mi cabeza un presentimiento (esto en caso de que los presentimientos se presenten en la cabeza y no

en otra parte del cuerpo). Como suelo hacer siempre que estos ataques imprevistos me acometen, interrumpí la conversación que sostenía con el público para preguntar a viva voz: “¿Alguno de ustedes sabe si la salud de Mailer ha mejorado?” Como era de esperarse hubo cierto desconcierto, pero no me pareció prudente explicarme ni poner a esas inocentes personas al tanto de mis angustias. Impulsado por el silencio reinante, decidí continuar con la charla cuando un hombre moreno sentado en la última fila dijo con una voz que podría haber sido la del mismo Mailer: “Parece ser que todavía no se rinde.” Sus palabras me causaron un alivio profundo. Mailer continuaba contra las cuerdas, pero su oponente no podía aún cantar victoria. Sus lectores, acostumbrados como estamos a las riesgosas correrías del escritor, a sus peleas desmesuradas, pero sobre todo a esa capacidad innata de convertir las derrotas en oro, sabíamos que no podíamos confiar en las predicciones acerca de su persona.

Por lo demás, la muerte es un oponente que no debe merecernos respeto. ¿Cómo se puede temer a un adversario que jamás ha perdido? Se piensa en ella durante los últimos minutos, cuando no hay más remedio que dormir a su lado: y a otra cosa. Cuando tenía en mis manos una obra de Mailer lo que menos me importaba era el tema. Los hombres consumen su vida en los más diversos asuntos, unos corren tras la pelota, otros se sumergen en el agua en busca de tesoros, pero sólo unos pocos poseen una fuerza que los mantiene constantemente en estado de alerta y gracia. Mailer obtenía ese impulso volcánico de una mina que pasaba por debajo de su casa: una mina que no se agotaba, pese a que Mailer propinaba paladas todas las mañanas en las más diversas direcciones. Él sabía que un escritor comienza a caer en picada cuando abandona la idea de ser un escritor importante, cuando se cansa de sí mismo o no espera nada de su obra. El conformismo no fue una de sus virtudes, así que sus lectores debimos conformarnos con esa belicosa manera

de sembrar historias que acompañaba de un esmerado sentido agrario. *Los desnudos y los muertos* dejaba claro que el joven escritor de veinticinco años sabía perfectamente cómo hacer para que sus experiencias se volvieran relatos en los dos únicos sentidos que éstos pueden serlo: por una parte mitos que perduran porque son los mismos mitos de siempre, y por otra historias que nos mantienen despiertos e interesados. No sé si entonces Mailer tenía un estilo, pero al menos sí un olfato que precedía a un extraordinario talento para urdir sus historias. En todo caso su estilo —quiero decir: la inminente soledad a la que un buen escritor se halla condenado— comienza a revelarse siete años más tarde en una novela de escritura apretada que cuenta la historia de los atormentados espectros que arropados en la celebridad hacen de los estudios de cine el escenario de las pasiones humanas: *El parque de los ciervos*. El poder, la conspiración, el comercio sexual se revelaban ya desde entonces como los cauces de una literatura que se proponía a sí misma como testigo omnipresente. Cuando leí esta novela, hace más de veinte años, me cuenta que en ciertos casos se requiere escribir muchas páginas para que un personaje sea capaz de darnos sombra: el escritor debe levantarse temprano, tomar las herramientas y trabajar de sol a sol para construir una casa que no se desplome ante la primera marejada de viento. Eso pasa con Mailer: las casas literarias que levantó con esfuerzo desmedido llegan incluso a ser inhabitables, pero nunca se desploman. Una sensación similar tuve cuando me enfrenté a *Los tipos duros no bailan*: las habitaciones tenían puertas que daban al vacío, o escalones que se mecían como viejos barcos atados en el muelle, pero tarde o temprano encontrabas un poco de fuego para calentar café o un rincón donde dormir como bendito. Y carecía de importancia que la novela se complicara tanto que por momentos uno deseara no haber comenzado su lectura, porque en cierto momento el viento entraba por la ventana y

una contundente voz literaria ponía las cosas en orden: una voz demasiado humana. Mailer era consciente de que desastre semejante no lo remediaría nadie, pero al mismo tiempo permitía que su escritura se embargara de una fuerza seminal que volvía la trama un asunto secundario. A fin de cuentas de lo que trata este negocio es precisamente de que la literatura mueva su cola de dinosaurio para tirar las piezas una vez más.

Si Truman Capote pulía sus frases como un orfebre maniaco, Mailer dejaba huellas por todos lados: acaso pensaba que sólo de esa manera los personajes se desprenderían de la tiranía de su creador para dibujar una mente o una vida a salvo de los lugares comunes. Las toneladas de investigación que puso sobre nuestras espaldas en *La canción del verdugo* se antojaban necesarias para convencernos de que un escritor es también un hombre que mete los pies en el barro. No es sólo a partir de intuición o talento como se escribe una buena historia: antes debe uno tocar las puertas de cientos de casas donde, en muchos casos, no seremos bien recibidos. Si el periodismo tiene como fin mostrarnos que la realidad es un recuento exhaustivo de hechos desordenados, entonces es necesario extraer un mínimo sentido para no ahogarnos en su imponente vacuidad. En su turno, Mailer demostró que la literatura rescata al periodismo de su marasmo cotidiano, de su ser enciclopedia, circo y entretenimiento vacío. Además de un poder de observación siempre interesado, Mailer aprovechó un recurso que tanto escozor causara en los círculos más mojigatos de la comunidad literaria estadounidense: se convirtió él mismo en personaje. En *Los ejércitos de la noche*, novela que narra la marcha contra el Pentágono en 1967, el escritor aparece protestando contra la ambición colonialista de su gobierno: en estas páginas Mailer no sólo es protagonista, sino que se define políticamente como un socialista, un escritor rudo que persigue las buenas causas. Recuerdo que leí esta

novela con cierto estupor: había en sus páginas tanto escándalo como seguramente lo hubo en aquella célebre manifestación, demasiados nombres desconocidos, Mailer caminando de un lado a otro, arengas imprevistas, poetas clarividentes. Era evidente que si el lector deseaba enterarse debía ponerse a trabajar, a sumarse a la marcha y estar dispuesto a dar la pelea.

Escribió Pessoa que la preocupación de un individuo por sí mismo le parecía, en cuestiones literarias o filosóficas, una ausencia de educación. Si la educación consiste en sustraerse del mundo como un ser real, cotidiano, concreto, entonces Mailer era más bien un obrero o un boxeador (metáfora de la que sus lectores abusamos). Me sumo a esa definición: si admiro a Mailer es porque no soy un hombre educado. Aquella ocasión en Viena, una vez terminada la conversación con el público, me aproximé al hombre que me había dado noticias acerca de la salud de Mailer. Sin mostrar ningún asomo de tristeza me dijo: “Yo también estoy preocupado.” Y nos despedimos con la certeza no expresada de que los duros se marchan dejando en su lugar a un montón de enclenques. —

— GUILLERMO FADANELLI

## FRONTERAS

# EL CONFLICTO ENTRE LA ARGENTINA Y EL URUGUAY POR LAS PAPELERAS

**E**l conflicto entre la Argentina y el Uruguay por las papeleras tiene una dimensión en la que mucho está implicado un imaginario de alcances universales. Esa dimensión es una dimensión mitológica: está relacionada con creencias y sentimientos profundos. En efecto, y desde que la mentalidad latina (cuna, no debe olvidarse, de casi todo lo que somos en estas zonas del mundo) comenzó a obsesionarse con la frontera como definición política y como aura simbólica en el proceso de

reconocimiento de un espacio autosuficiente y, por tanto, de una *civitas* y de una cultura, el mito de la fundación se constituye en central en la arquitectura de un proyecto nuclear. En tal proyecto, delimitado por unos confines y unos términos precisos, se articulan y desarrollan un cuerpo y una conciencia, una física y una metafísica: un estilo de vida específico. Así crece, y echa raíces, un sentido de pertenencia que se finca en una tierra y se manifiesta en unas señas de identidad. Geografía es historia e historia es destino. Recuérdese, en este sentido, que Rómulo traza una frontera y mata a su hermano porque éste no la respeta. Por su parte, Horacio Cocles se convierte en un héroe porque contiene al enemigo en la frontera, justamente un puente interpuesto entre los romanos y los bárbaros.

Así, todo mito del origen se basa en la identificación de una frontera, que marca un principio de determinación y se reviste con el hábito de lo sagrado. Otra vez: la ideología de la *Pax Romana* y el diseño político de Augusto se sostienen en la necesidad de fijar las fronteras; de ahí que, más allá de los lindes, se negocien los tratados y se elaboren las alianzas, y de ahí que, en el interior del círculo creado, del círculo que acoge y protege, el empuje de la fuerza centrípeta se imponga a la centrífuga. Es imprescindible conocer dónde se sitúan las fronteras, sobre qué *vallum* y en el interior de qué *limen* se deben establecer el poder y la defensa. Toda cultura nacional es, vista desde esta perspectiva de las jurisdicciones territoriales y espirituales, una cultura etnocéntrica, y la estética que de ella emana es, por definición, una estética política.

Las historias de la Argentina y el Uruguay se entreveraron por lo menos hasta mediados del siglo XIX, y lo hicieron tanto que esas historias, nacidas de un mismo tronco, alumbraron en buena medida una emoción y una sensibilidad coincidentes, y en ese trámite acunaron una cultura que se yergue potencialmente como una *oikumenè*, una casa común. Se da el caso, cabe agregar, de que en

tales historias las fronteras nacionales fueron terrenos de disputas no sólo entre una y otra orilla de los territorios linderos sino también entre y con los imperios que en esas fechas gravitaban en la región. La cuestión de las fronteras, en las circunstancias en que ahora se manifiesta, agrega, pues, a sus propios atavismos arcaicos, una candente latencia problemática. Téngase en cuenta, por lo demás, que la frontera—cualquier frontera— existe en el espacio y en el tiempo. No se puede deshacer lo que ha sido hecho porque, en esta lógica, el tiempo no es reversible. Volvamos al mundo latino: cuando Julio César atraviesa el Rubicón sabe, dramáticamente, que invade el territorio romano y que, a partir de ese momento, ya no hay regreso posible. *Alea jacta est!* Los dados están lanzados. Y, una vez lanzados los dados, nada puede hacerse por reingresar en el *statu quo*.



Vista aérea de la región fronteriza

Umberto Eco informa en un ensayo que hay un libro que se titula *Sacralità dell'aqua e sacrilegio dei ponti* (Palermo, 1977) de una autora de nombre Anita Seppelli. Allí se señala—y aquí llegamos a uno de los meollos de la cuestión— que existe una relación directa entre el puente y la frontera. El puente une una orilla y otra, organiza una secuencia entre una margen y otra margen; es, a la vez, lugar de salida y de entrada, ruptura y continuidad. Demarca por un lado una permanencia y por otro un tránsito. El General San Martín, el General Artigas y el Salto Grande son, gravitadamente, puentes internacionales: en cada orilla

señorean enseñas diferentes. Una de las etimologías posibles de *pontifex* (de *pons* y de *facere*) asegura que el puente podría convertirse en paso sacrílego porque franquea el *sulcus*, la frontera, vale decir, el círculo mágico de una comunidad (casa, castillo, ciudad, país) que, en algunas geografías, es trazado por el agua. De ahí que, en la antigüedad, la construcción de un puente —lugar donde convergen el genio hidráulico y el elevamiento mágico— debía efectuarse bajo un estricto control ritual. Rito de pasaje en sentido literal, el puente implica una teología sin dioses y sin iglesias.

¿Nos atravesamos a dar un paso más en este análisis? Es un paso imprescindible. Lo que resuena en el conflicto de las papeleras admite una lectura mitológica diferente: la amenaza de que el espíritu fáustico, motor del mundo industrial, triunfe sobre el espíritu latino dador de patria potestad. Puesto en términos rabiosamente actuales: ¿cómo lograr —si es que lograr es posible— que el estrépito capitalista, que no reconoce límites a su crecimiento, se concilie con un urgente desarrollo sin agresiones? Es de temer que poco peso tiene, desde este punto de vista en el que tanto se involucra la agorera catastrofista de las emisiones contaminantes, que la racionalidad científica argumente con la voz del saber apaciguador. En tal escenario, la resistencia, en el sentido psicoanalítico del término, graba su discurso conmovido e inmovible. Se trata de la reivindicación —para no renunciar a los requiebros retóricos que informan estos renglones— de una *dignitas*.

Una vuelta de tuerca final. El conflicto entre la Argentina y el Uruguay por las papeleras suena incómodo y extravagante porque en él intervienen, activa y contradictoriamente, unas familias políticas gobernantes que parecerían de antemano condenadas al entendimiento cordial y al ejercicio de la sensatez componedora. Por último, ¿acaso lo que el hombre tuerce no puede por el hombre —mientras tiempo haya para ello— ser enderezado?—

— DANUBIO TORRES FIERRO

## PRENSA

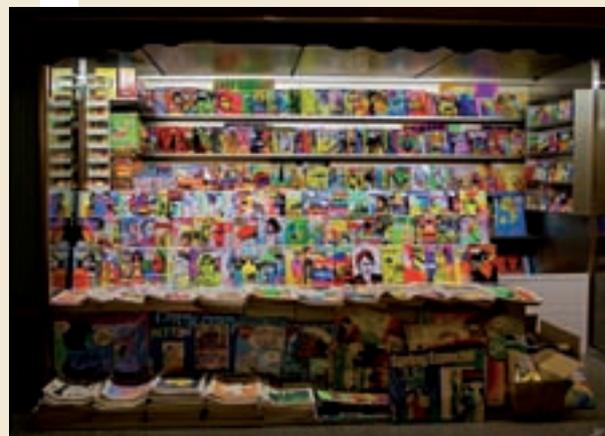
### NOVEDADES DE QUIOSCO

No parece el otoño momento de grandes cambios, que se suelen dejar para meses más alegres y floridos. Sin embargo, la prensa escrita española, o al menos un amplio sector, emprendió este pasado mes de octubre un lavado de cara que ha renovado la faz de nuestros quioscos. En efecto, si un viaje, una enfermedad, una temporada a la sombra o una abstinencia autoimpuesta de productos de información hubiera alejado a un probo ciudadano de los periódicos desde, digamos, el 23 de septiembre, día de la Mercè, hasta el 1 de noviembre, Todos los Santos, aparte de mejorar su humor y ahorrarse bastantes sobresaltos, a su vuelta dicho ciudadano encontraría una oferta renovada. El líder de audiencia, *El País*, por fin acentuado, ha dejado de ser el diario independiente de la mañana para convertirse en el periódico global en español. Además, su magnífica soledad como única voz de la izquierda política e intelectual ya no es tanta tras la muy esperada salida de *Público*. El líder en Cataluña, *La Vanguardia*, al que los estudios señalan como el que tanto sus lectores como los de los demás periódicos consideran más independiente, ha encogido, siguiendo el camino que ya marcaron los inmanejables diarios británicos. En fin, que parece un buen momento para echar un vistazo a las novedades concretas y comentar con el quiosquero si se trata de la manifestación de cambios más sistémicos.

Quizás el cambio más cosmético haya sido el de *La Vanguardia*, que ha pasado de gastar una XL a una L, en línea con *El País* y *El Mundo*. Supone sin duda un ahorro de papel, y facilita el trabajo con las rotativas modernas, pero como todo paso hacia la homogeneización también provoca una pérdida de personalidad. Por lo demás, la fór-

mula no parece haber cambiado mucho, funcionaba bien así que tampoco había motivo. Más gráficos, más despieces, más noticias-apoyo. Pero siempre con el texto como protagonista.

Los cambios en el que ha sido el periódico español de referencia casi desde su fundación, en 1976, son sin duda de mayor calado. Precedidos de tantos rumores, al final las diferencias no son tan radicales. Quizá lo más des-



"Kiosc Downtown I", de Francesc Ruiz

tacable sea el agrupamiento de las secciones de información "dura", internacional, nacional, economía y opinión, en la primera mitad del periódico, y el resto, sociedad, cultura y deportes, al final. Catorce versos dicen que es soneto y treinta años muchos para un periódico. El lavado de cara parece haberle sentado bien, con alguna salvedad, como la horizontalización de la columna de última (o sea, su conversión en viga) o la peculiar inclusión del precio del condominio en las entrevistas de esa misma postrera página (que al menos sirve para saber que es mejor no desayunar en el Hotel Palace), y una peligrosa tendencia al anonimato, sobre todo en el muy opinado "acento" de las páginas de, claro, opinión. Pero como en el caso de *La Vanguardia*, el texto, la palabra escrita, mantiene su protagonismo.

¿Y *Público*? El lanzamiento más esperado de la prensa nacional deja sensaciones encontradas. Con reminiscencias de *El periódico de Cataluña* y de la prensa gratuita mejor hecha,

parece dirigirse a un público distinto al habitual consumidor de prensa escrita. ¡Seis páginas de ciencia a diario! ¡Una sección de historia! Iniciativas encomiables, sin duda. Otras más difíciles de entender, como que la portada sea una sección (y muy extensa) y no la primera página del periódico (volvemos al problema nominalista que también aqueja a la columna-viga de *El País*). Un izquierdismo militante y animoso, que sigue de cerca la línea del gobierno Zapatero, puede generarle simpatías, pero quizá le reste credibilidad. Y un problema estructural, si lo achacamos al periódico, o generacional, si es culpa del lector: se echa de menos un relato de la realidad. Para enterarse de qué ha pasado en el mundo la lectura de *Público* no es suficiente. Quizás en la galaxia internet ya no sea necesario, pero de momento aún se extraña.

De fondo, un tema, el impacto de las nuevas tecnologías y los nuevos formatos en los medios tradicionales: internet y la prensa gratuita, la telefonía móvil y la fotografía digital. Lo que vemos no es sino una primera respuesta, la línea de defensa más adelantada. El papel, en principio tan endeble, tiene ahora que demostrar su resistencia. Y los cambios que los periódicos empiezan a adoptar inevitablemente tendrán su reflejo en el entorno que les rodea. Gabinetes de comunicación, agencias de prensa, directores de imagen, jefes de prensa, escritores y gacetilleros, todos han de encontrar su nuevo sitio. La prensa “de calidad” va a rechazar los contenidos a los que también tenga acceso la gratuita, ¿cómo acceder a esas páginas tan cotizadas? Y para los periodistas, con todas las imágenes accesibles en cuestión de segundos, ¿qué papel deberían tener las fotografías en la prensa? Con la información colgada al segundo en cada pantalla ya no por periodistas sino por meros ciudadanos, ¿qué pueden aportar los periódicos en su cita matinal? No hay respuesta sencilla para ninguna de estas preguntas, pero al menos dan para un par de buenas charlas con el quiosquero. —

— MIGUEL AGUILAR

## PERFILES

### TRES DÍAS CON DAG SOLSTAD

El vuelo de Oslo a Madrid de la compañía Norwegian llega a su hora. Reconozco a Dag Solstad inmediatamente: su disparado cabello blanco es inconfundible. Me dice Therese, su mujer, que no han tenido un buen vuelo, que un par de niños han estado alborotando desde que salieron de Oslo. Lluve y son las siete de la tarde, así que tardaremos más de una hora en llegar hasta su hotel, en el centro de Madrid. Menuda bienvenida a España. Solstad se anima mucho cuando pasamos frente al estadio Santiago Bernabéu. Lógico, no por nada ha escrito cinco libros sobre cuatro Copas del Mundo de fútbol. Una de ellas la de México. Me cuenta que estubo dos meses viviendo en México DF, en la misma calle que Gabriel García Márquez. Un día intentó buscar su teléfono en el listín telefónico: “Sabía que tenía que buscar por la G, no por la M, como haría un noruego”, afirma muy orgulloso. Ésa fue la segunda vez que estuvo en México; la primera fue en 1984 durante un “viaje de estudios” de seis meses: “Quería tener impresiones, conocer un mundo en el que nunca había estado. Al final de aquella estancia escribí *Intento de descifrar lo impenetrable*. Aunque lo impenetrable no era México sino un barrio de Oslo. En México las cosas son más claras, mientras que en Oslo son impenetrables.” Recuerda que lo que más le impresionó era que los ejecutivos de las empresas privadas fueran radicales y apoyaran a Fidel Castro: “En Noruega un empleado de una agencia de seguros nunca apoyaría a Castro.” También se acuerda muy bien de un taxista cuyo progresismo se traducían en tener sólo dos hijos.

Solstad publicó su primer libro de relatos, *Spiraler*, con veinticuatro años, y desde entonces no ha parado de escribir: más de treinta libros en total. Su dedicación ha sido reconocida en numerosas ocasiones. El primer y más

claro ejemplo es que es el único autor noruego que ha recibido tres veces el Premio de la Crítica de su país (en 1969 por *Irr! Grønt!*, en 1992 por *Ellevte roman, bok atten* y en 1999 por *T. Singer*).

Al día siguiente, después de las entrevistas, instalados tranquilamente en La Dolores, le pregunto a Solstad por la recepción que tuvo *Spiraler*, su primer libro, en Noruega: “En 1965 la situación en mi país era muy particular. El mainstream escribía realismo psicológico. Yo no fui el primero en escribir un libro modernista, pero sí el único de mi generación en hacerlo. Me gustaban y leía a los grandes autores clásicos realistas, pero lo que me atrapaba era la literatura que escapaba del realismo. En cuanto a la crítica, recibí con gran entusiasmo el libro. Fue un enorme estímulo y desde entonces me he podido dedicar a escribir.”

Nuestra amable traductora durante las entrevistas, Cristina Gómez Baggethum, hija de unas de las traductoras de *Pudor y dignidad*, Kirsti Baggethum, sugiere a Solstad que me repita el esquema sobre su obra que le ha explicado al periodista de *El País*: “Los setenta es la época de los relatos y las novelas experimentales. Buscaba una nueva manera de escribir, quería experimentar como hacía *l'avant-garde*. Después, en los ochenta vino una época más política con novelas como *Intento de descifrar lo impenetrable* y *Roman 1987*, que recibió el premio del Consejo Nórdico. El período de los noventa es el que llamo el de las novelas reflexivas, o el de las novelas breves como *Pudor y dignidad*, *T. Singer* o *La noche del profesor Andersens*. Y ahora son los libros del tiempo extra. Siento que ya he dicho todo lo que quería, pero como aún estoy vivo, sigo escribiendo. Pero de otra manera. Ahora estoy más liberado, porque siento que ya he cumplido con mi deber como escritor. Eso no quiere decir que no ponga todo mi empeño en que sean muy buenas.” De hecho, *Armand V. Notas a pie de página de una novela no excavada*, su última novela publicada en Noruega, recibió el premio Brage y ha sido considerada por



Dag Solstad

muchos como su mejor novela.

*Pudor y dignidad*, su primera obra publicada en español, nos cuenta la vida de Elias Rukla, uno de los muchos profesores en la obra de Solstad. Después de treinta años explicando *El pato salvaje*, Rukla comprende la intención oculta de Ibsen al escribir el diálogo del profesor Relling con la señora Sørby. Esa revelación desencadena en este personaje una imparable necesidad de revisar su vida y su historia de amor con su indescritiblemente bella esposa Eva. Durante la cena, tras la presentación del libro por Jesús Ferrero en la librería Tierra de Fuego, interrogo a Solstad por una de las cosas que más me interesan sobre su país: su relación con el dinero, su aceptación de la riqueza generada por el petróleo: “Para mí Noruega siempre ha sido un país rico. Primero por la navegación y a partir de 1900 por el aprovechamiento de energía que se hizo de los saltos de agua. Teníamos recursos energéticos que el mundo necesitaba. Creo que la importancia que se le ha dado al petróleo está sobrealorada, porque antes se tenía acceso al agua, que también producía mucha riqueza. Ahora se dice que Noruega en

los años sesenta era pobre, pero para mí siempre ha sido rica. Lo que sí es cierto es que el enriquecimiento de los últimos años no se ha distribuido igualmente entre la población como en los años anteriores. Se ha repartido sobre todo entre la clase dominante. Por ejemplo, un escritor como yo sería igual de rico ahora que antes. Se ha enriquecido otra clase social, la de la cultura desde luego no”.

Le pregunto si la percepción de la UE en Noruega está cambiando y si terminará por entrar: “Sí, al final entrará. Por ejemplo, ahora se están iniciando algunas reformas económicas y sociales, que no están gustando nada. En realidad aún no hay necesidad de iniciar esas reformas (aunque la habrá porque la fortuna que tenemos en petróleo es finita) pero sí quieren hacerlas antes de volver a plantear el tema de la entrada en la Unión Europa. Una estrategia para que la población no culpe a Bruselas”.

Mientras pido otra ración de empanadas chilenas, que le han entusiasmado, me cuenta otra de las peculiaridades que ha observado en sus compatriotas: “Al volver a Oslo después de un mes y medio viajando por Argentina, hicimos cuentas y nos asustamos de lo mucho que nos habíamos gastado. Pero hablando con unos amigos nos dimos cuenta de que ellos se habían gastado el doble en reformar la cocina. Es curioso pero ahora los noruegos están obsesionados en reformar sus cocinas, sus salones, sus dormitorios... Y eso está afectando a las costumbres porque por ejemplo antes nadie se descalzaba para entrar en las casas y ahora todo el mundo lo hace. ¡No quieren que les manches sus alfombras, y no se dan cuenta de que uno pierde mucho tiempo en descalzarse!”.

A la mañana siguiente le recojo en el hotel para la última entrevista. Después Solstad y su mujer se van al Prado. A las ocho en punto de la noche estoy de nuevo en el hotel para la última gran cita de Solstad: una cena en casa de su embajador, uno de sus más fieles lectores. —

— ROCÍO DE ISASA

## SOCIEDAD

### ¿VASIR A LA MANI?

**E**milio Álvarez Icaza, presidente de la Comisión de Derechos Humanos del Distrito Federal, declaró que en los últimos cinco años, sólo en la ciudad de México, se han manifestado en marchas de protesta diez millones de personas: hay 2,500 manifestaciones al año, es decir, 6,8 cada día, con un promedio de 5.479 personas diarias (el número de horas/persona desperdiciadas, desde luego, no cabe en esta página).

El arte de protestar en tres dimensiones —en el tiempo, en el espacio y en bola— ha convertido a las manifestaciones en la actividad productiva más intensa e innovadora del México contemporáneo. Todo lo que en México fracasa, se sublima como éxito en la manifestación. Si la manifestación callejera pudiese comercializarse nos repositionaríamos en la economía mundial y venderíamos franquicias: el Starbucks de la indignación. El fenómeno es tan asombroso que el pasado octubre, en la ceremonia anual para pedir favores a San Tlatelolco —que nunca falla—, se llevó a cabo un asombroso giro del episteme: la primera manifestación callejera de la historia para recordar una manifestación callejera. Y más recientemente, un partido político llamado PAN organizó la primera manifestación para pedir que se reglamenten las manifestaciones.

Como era predecible, las marchas se han multiplicado con la democracia. En la medida en que han disminuido los controles por parte del gobierno para disuadirlos, han aumentado los de las organizaciones sindicales o políticas para estimularlas (y como el poder se subasta, cada líder de cada organización política puede organizar manifestación cuando le viene en gana, para cubrir cuota o porque sí). La explosión demográfica, desde luego, también ha puesto sus millones de granitos de arena de modo tal que, para el millón de niños que se gradúan de secundaria cada año, debutar en una marcha callejera es un



Revueltos e indignados

rto de pasaje ya no sólo obligatorio, sino con valor curricular. Para que algo califique como realidad, necesita el certificado de licitud de una marcha.

En los albores de la aparición de las masas como protagonistas callejeras, una marcha era una acción de naturaleza tan extraordinaria que lo primero que se infería de ella era, precisamente, su inevitabilidad: esta injusticia es a tal grado atroz que resulta necesario sacarla a la calle e intimidar al poderoso. En nuestros días, han perdido ese carácter urgente y son primera opción. La lógica de la marcha callejera ha adquirido tal grado de desorden, que existe como función profiláctica: no sabemos si se nos ha cometido injusticia, pero por si las moscas, y antes de que se cometa, henos aquí gritando octosílabos. Naturalmente, como estrategia han quedado superadas. Si alguna vez se trató de poner en evidencia un enfado, una idea, una convicción, ahora no se trata sino de fastidiar a la mayor cantidad posible de prójimo, en la apuesta de que el prójimo hará todo por no volver a sufrir el encierro. Para verdaderamente llamar la atención, bastaría con no organizar marchas un solo día. La causa estaría en boca de todos y recibiría apoyo multitudinario: “El día sereno que vivió usted ayer fue cortesía de Fernández Noroña, que le pide a cambio apoyar a la CUPMEXPRD.”

La frecuencia con que se organizan

las marchas supone un reto creativo sólo proporcional al indiferente fastidio con que la ciudadanía reacciona ante ellas (aunque nadie se aburre más con las manifestaciones callejeras que los propios manifestantes). ¿A quién le importa ya siquiera enterarse qué hay detrás de cada bloqueo? ¿Quién se detiene siquiera a leer la manta o mantita más enjundiosamente zaran-deada? ¿Realmente interesa enterarse de qué infame legislación, qué villana autoridad, qué hideputa reglamento ha obligado a una protesta? Los que protestan contra el maltrato a las vacas en los rastros, se disfrazan de carne molida encuerada, se meten en paquetes gigantes de styrofoam y se ponen en venta en Avenida Juárez. Los que protestan porque la UGCMEXPRUP traicionó a la CTMPRUXUXDEP se disfrazan de oclusión intestinal y tapan Paseo de la Reforma. Tres diputados del PRD tribu MOVIDIG se crucifican (por desgracia) “simbólicamente” frente a Gobernación. Los maestros de la CNTE dirigidos por Escolástico González (es en serio) colapsan el centro de la ciudad blandiendo antorchas “para iluminar la lucha que mantenemos por la defensa de la seguridad social”. El diputado del PRD Juan Hugo de la Rosa del colectivo “Los de abajo” contrata veinte modelos semiencueradas para protestar y pone en el suelo quinientas muñecas barbi encueradas...

Ha llegado la hora de que alguna universidad pionera funde la licenciatura en movilizaciones, ofrezca la maestría en acarreo y el doctorado en marcha productiva: se instala una línea de producción a lo largo de la calle, los manifestantes ensamblan televisores mientras avanzan sin dejar de corear sus consignas. Al final se les entrega un cheque. Al día siguiente hacen otra porque el cheque fue injusto, etc. —

— GUILLERMO SHERIDAN

## VOCES

### DIALECTOS DE LA FAMILIA

“A” dvierto, desde que piso tierra de España, que se apodera de mi mente un esfuerzo de traducción. ¡Y soy un discípulo de las disciplinas lingüísticas del siglo de oro! ¡Cuánto mayor no será el esfuerzo para cualquier hijo, plenamente dialectal, de mi pueblo!”

Así escribía el mexicano Alfonso Reyes alrededor de 1924 (“Psicología dialectal”, en el tomo II de sus *Obras completas*, FCE, pp. 339-341). Este discípulo de las disciplinas lingüísticas del siglo de oro es, sin duda, una de las mejores compañías para todo migrante latinoamericano culto dispuesto a sumergirse en la experiencia española con los cinco sentidos desplegados. Pero incluso si uno es un hijo “plenamente dialectal” de su pueblo, intuirá que muchos de los giros que lo separan del hombre peninsular configuran una riqueza léxica que no conviene rechazar. Y, no obstante, encuentro un grado de exageración en lo afirmado por el filólogo de Monterrey.

Abrazado por la indiscutible generosidad de una lengua compartida, el latinoamericano en Madrid necesitará, sí, traducir la jerga local a su propio universo dialéctico, pero de manera natural, tal y como se teje una conversación. Un dialecto es un distanciamiento, no una mutilación, o para decirlo con una imagen feliz del propio Reyes: “El hijo

que alcanza la mayoría es, a los ojos del padre, un dialecto de la familia". ¿Hemos alcanzado nuestra mayoría? Sin duda alguna; tan es así que ya no sentimos a España como una madre, aunque sólo sea por la incomodidad y el rubor que significaría seguir en el calor de su regazo, tan grandotes y peludos como estamos. Así pues, considero que la frontera dialectal es más bien una serie de velos que se van quitando sin esfuerzo conforme se suman semanas y semanas de estadía en una tierra que nos resulta cada vez menos extraña: una tierra de amigos y de primos.

Pero no todo es miel sobre hojuelas. Más que los lexicones locales, nos separan atavismos y reflejos culturales de difícil modificación. La excesiva cortesía, el servilismo y el empequeñecimiento general que se apoderan de nosotros ante la tronante presencia de los dioses barbados es tal vez la grieta más notoria del edificio que entre todos hemos levantado. Sé que me adentro en la tierra del lugar común, y que se ha superado en gran medida ese trauma originado cuando creímos que el conquistador y su caballo eran un mismo animal, pero es que sigo atestiguando mes a mes cómo un ecuatoriano o un mexicano, por medio de una gesticulación y una entonación muy particulares, en lugar de pedir un café, piden permiso para pedir un café, o peor: piden perdón por pedirlo. Esto me lleva a un tema más divertido: el de la excesiva cortesía traducida en retórica. Un mexicano hará uso del circunloquio, la digresión, la comparación y hasta la poetización para evitar decir algo francamente, mientras que el español no concibe otra figura que la recta para unir dos puntos. Esto no nos hace más poetas, sólo literalmente más entretenidos. Quiero insistir en que ese barroquismo nace de una voluntad de eludir, no de embellecer. Si salgo a la calle y le pido a un español que me indique cómo llegar al (inexistente) monumento a Julio Trujillo, es muy probable que carraspee, escupa y acepte que no sabe. Un mexicano hará una pausa dramática para pensar con la mirada hacia el cielo.

Después dirá:

—Sííí, está más o menos cerquita, tienes que ir todo derecho por esta calle hasta llegar a otra calle importante, ahí pus hay que agarrar el sentido pal que vaya y luego, creo que por donde está una placita, ahí mero hay que preguntar.

Ese formidable rodeo es sólo para tapar el vacío de la ignorancia. ¡Otro pueblo seríamos si aceptáramos, con sencilla y rotunda valentía, que no sabemos!

Pero volvamos a la riqueza de las diferencias idiomáticas, al esperanto babélico de cualquier locutorio de Madrid. Busquemos, como dijo mi querido y multicitado Alfonso Reyes, estrellas entre la confusa yerba de los dialectos. Culturalmente hablando, no concibo un golpe mayor a la idiosincrasia lingüística española que la incorporación de esa cúspide de la ambigüedad que es el coloquialismo *aborita*, exportación netamente latinoamericana (¿Colombia, México?) A mí el uso del *abora* me fascina y llena de asombro y respeto: es un adverbio de tiempo de personalidad inapelable, una palabra redonda que se cumple a sí misma conforme la pronunciamos, una garantía de estabilidad y continuidad: uno de esos vocablos, en fin, que todos los días salvan el mundo. No ignoro que *abora* tiene diversas acepciones que hacen de él un término más o menos elástico en el tiempo, pero son usos que están bajo control y que sabemos acomodar según nuestras necesidades. *Aborita*, en cambio, es un disparo al infinito, un estallido en todas las direcciones de la esfera temporal; *aborita* halla su hogar en el segundero, el minutero, la manecilla de las horas y el calendario anual; *aborita* acaba de suceder o está por suceder; *aborita* es un pellizco de nanosegundos, o de siglos; *aborita* posterga indefinidamente una acción; *aborita* es todo el pasado reciente; *aborita* es una respuesta cortés y perfectamente hueca; *aborita* es inaprensible como el agua entre las manos. Decirle *aborita* a un español es sacarlo de quicio, descarrilarlo terriblemente, moverle el tapete (algo raído, pero aún sólido y ele-

gante) sobre el que tan cómodamente se posaba. Entre un español y un *aborita* se abre un abismo irreconciliable... por no hablar del rizo rizado del *aboritica* colombiano y del *aboritita* mexicano.

Rizamos el rizo: nuestras aproximaciones son sensuales y bamboleantes. Es por ello que no puedo acostumbrarme al uso indiscriminado y perfectamente natural de la palabra *culo*, aquí en España. Entre los cero y los cien años, todos abusan de ese vocablo como si de una moneda de cambio se tratara. Que conste que mi reparo no es ético sino estético: son hijos de Quevedo y de Góngora pero usan el culo para todo, sin riqueza metafórica. A un bebé le dicen, con gran ternura, que le van a comer el culo, y a un adulto lo mandan constantemente a tomar por culo. Y se caen de culo, y se quedan con el culo al aire y hasta se lamen el culo. No se requiere esfuerzo alguno para advertir una obsesión casi infantil por las nalgas y, tal vez, por aquello que cubren tan orondamente.

De la infinita vaguedad del *aborita* a la contundente campechanía del uso de *culo*, la distancia es más corta de lo que aparenta, pues la contaminación y el mestizaje léxico se dan a todas horas y en todos los niveles, de la calle a la prensa, del bar a los departamentos de filología. Y qué bueno: es imposible que una lengua se empobrezca si se entrega a la adiposidad y el mestizaje. Muy al contrario: no dudo que Madrid (burbujeante caldo dialectal) sea una de las ciudades del orbe donde el idioma español se encuentre en su forma más saludable y vigorosa. No olvidemos que un buen diccionario se esfuerza siempre por incorporar las palabras y los usos que la calle impone; y que en las calles de Madrid, ese español de España que hierve con especias del Ecuador, Bolivia, la Argentina, el Perú y Colombia (con una más tímida participación de otros países latinoamericanos), es un magma que se perfecciona y enriquece porque constantemente se autotraduce, al ritmo sabrosón de la continua marcha de Lavapiés. —

— JULIO TRUJILLO

## BOSQUEJOS

# LA NOVELA DE LOS PINOCHET

**D**e tarde en tarde redacto en mi mente la escena de una novela que no creo que tenga nunca el coraje de escribir. En ella un joven bebe en secreto de una botella de whisky en la cocina de una casa grande, llena de mujeres. Se ha casado con una de esas mujeres y ha reconocido como propio al hijo que ésta engendró con uno de sus guardaespaldas. Todos en esa casa sin embargo lo desprecian y su esposa vistosamente sale ahora con otro joven que ha ofrecido darle su apellido, no sólo al hijo del guardaespaldas, sino también a los hijos del hombre que bebe solo su whisky en la cocina de la casa.

Tarde en la noche llega el suegro que se sienta a la mesa, con la misma tranquila desesperación, en la misma cocina. “¿Cómo van las brujas?”, pregunta el suegro, deseoso de atrasar lo más que puede su retorno al lecho conyugal. Tímidamente el joven esposo informa de los nuevos caprichos y arbitrariedades de su suegra. Suspiran largamente ambos hombres, sin esperanza alguna, hasta que finalmente el suegro resignadamente sube hacia su habitación donde tiene la esperanza de encontrar a su esposa dormida y no tener que darle explicaciones.

El suegro derrotado y agotado es nada menos que Augusto Pinochet Ugarte, monstruo de anteojos oscuros, tirano sin contrapeso, símbolo mismo de todas las dictaduras latinoamericanas. El joven es hijo y hermano de exiliados y perseguidos políticos, pero lleva un apellido de alcurnia que la hija del general necesita con urgencia para vestir a su hijo huacho (bastardo en chileno) de algo parecido a la respetabilidad.

La novela a partir de esa escena podría contar otros tantos momentos que explican la resignación del tirano ante la dictadura de su esposa. Esa terrible noche en que el entonces coronel decide irse de su casa y vivir su amor

con una amante ecuatoriana. La terrible amenaza de la esposa que jura destruir la carrera militar de su esposo si éste no deja a la ecuatoriana inmediatamente. La otra terrible tarde en que la esposa le muestra sus hijos pequeños al ya general Pinochet ordenándole perentoriamente traicionar a Allende, que acaba de nombrarlo comandante en jefe, y unirse a la conjura golpista. Las miles de tardes en que la señora Lucía Hiriart de Pinochet chillaba por el teléfono vetando ascensos y nombramientos, porque el general tal le pone los cuernos a su esposa, porque este otro tiene un hijo fuera del matrimonio. Y finalmente el arresto en Virginia Water en que el pobre general les ruega a sus amigos que se lleven a su esposa lejos, que la embarquen cuanto antes a Santiago; porque puede aguantar el cautiverio y la humillación mundial pero no soporta los chillidos y exigencias de su mujer.

Esta novela posible, como todas las novelas basadas en la realidad, se acaba de encontrar con un escollo: la falta de sutilezas con que los hechos redondean las suposiciones, la rotundez siempre burlesca de los datos que al final subrayan lo que el escritor sólo quisiera sugerir. Hijos, mujer, albaceas y amigos terminaron en la cárcel por desviar dineros públicos y privados hacia diversas cuentas en bancos americanos. Las exigencias de la esposa insatisfecha –autos, casas, vestidos, favores a sus amigas– terminaron por hundir para siempre a ese militar cruel pero más bien sobrio, ese dictador despiadado que sin embargo comía la misma comida que su subalterno.

El arresto de los Pinochet sólo hizo visible el caos de una familia destrozada por el poder y destinada a la impotencia. Marco Antonio y su amistad con traficantes de drogas, la precocidad sexual de Jacqueline, la errática vida matrimonial de Lucía chica, las escasas luces de Augusto *junior* que ni siquiera pudo graduarse de la escuela militar en el tiempo en que su padre era comandante en jefe; más que crueles, malvados o presuntuosos, los Pinochet resultan patéticos.

Mi posible novela así encuentra en la cárcel su terrible moraleja. Los Pinochet que destrozaron la vida del joven de la cocina, los Pinochet que creyeron poder comprar alcurnia, los Pinochet que sirvieron con fidelidad a una clase alta que pareció aceptarlos como parte de sí misma, terminan presos, solos, pobres y despreciados.

Usados y desechados, en la orilla de la historia, los Pinochet son ahora pasto de los buitres. Esos veintiocho millones de dólares que los acusan de malversar son sólo el incómodo símbolo de un éxito económico, de una transición política construida sobre la extraña confusión entre asuntos públicos y fortunas privadas. Así, uno de los exmaridos de Lucía Pinochet, en vez de comprar pintura moderna y autos de lujo (como su esposa), se hizo con la mayoría de las acciones de una empresa de minería privatizada por él mismo. La mayor parte de las fortunas chilenas nacieron así, desde una modesta oficina de un ministerio de la dictadura. Los Pinochet no supieron transformar los fondos en otra cosa que vergüenza, sus amigos construyeron con ellos los cimientos del éxito del modelo chileno. La concertación por su lado tuvo la astucia de participar de la fiesta. La mayor parte de la fortuna de los Pinochet se hizo en democracia, bajo la vista gorda de los gobiernos en turno. No sólo eso, el gobierno de Frei dio la orden expresa de no investigar nada que tuviera la firma de Pinochet.

Al saberse la noticia del arresto de los Pinochet los parlamentarios socialistas tuvieron la falta de gusto de levantarse y cantar la canción nacional. Algunos parlamentarios de derechas, pensando que se celebraba un proyecto de ley por el que habían votado, se levantaron ellos también, ante la burla de los socialistas. El error, si se piensa, encierra una verdad de fondo. Esa canción nacional cantada al unísono por la izquierda y la derecha chilena no era la expresión del orgullo ante una justicia medianamente imparcial, sino un canto de alivio. Si

los Pinochet tienen la culpa de todo, si ellos y sólo ellos robaron, decía en lo profundo esa canción, nosotros podemos así darnos el lujo de seguir siendo todos inocentes. —

— RAFAEL GUMUCIO

## DIARIO INFINITESIMAL

### ERRORES Y ABERRACIONES

**S**an Agustín argumentó que no podía haber habitantes en las antípodas porque estarían perpetuamente de cabeza. Alegó también que ahí la lluvia no podría caer al suelo, sino que se elevaría de las nubes para arriba, hacia los cielos. Curioso espectáculo. Esto es simple error.

Otro argumento para negar la posibilidad de *antípodas*, que así los llaman, es que de acuerdo con las Escrituras todos los humanos provienen de Adán y no podrían haber llegado tan lejos, hasta las antípodas. Ciertamente no navegando. No sólo por “la grandeza inmensa del mar Océano”, sino porque, por el parecer de “Gregorio Nazanzeno afirmando como cosa sin duda que pasando el Estrecho de Gibraltar es imposible navegarse el mar”.

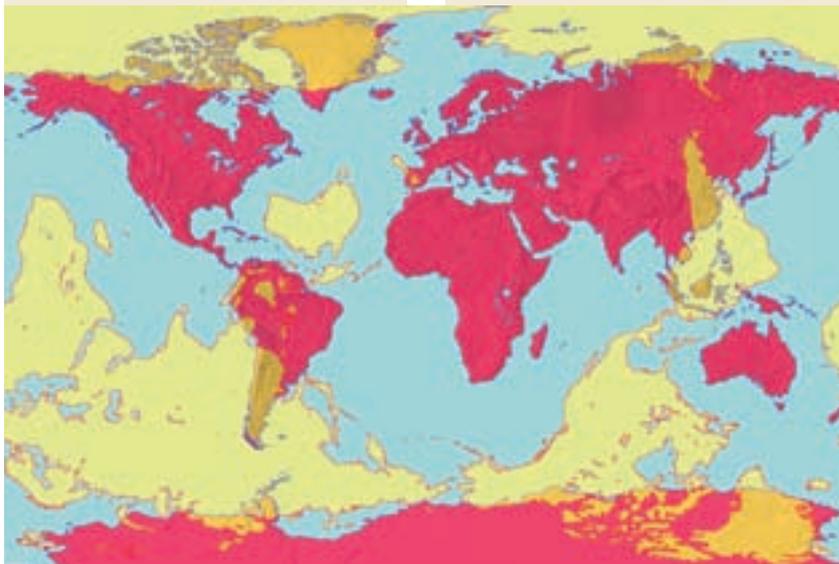
Cuando menos, triple error. Pero este pronunciamiento de Sartre, tomado de las entrevistas de *Situaciones*, x, no es propiamente error, sino ya cae en aberración:

—Pienso que nadie ha sabido verdaderamente hacer sinfonías. Es demasiado difícil.

—¿Ni Beethoven?

—Ni Beethoven, aunque en rigor, la *Novena sinfonía* es casi una bella sinfonía.

El error es, digamos, sano, inevitable, y, al modo hegeliano, elemento esencial del acierto: se necesitan errores para llegar a una verdad. Pero la aberración es, digamos, error más desviación ética, error buscado. El razonador fascinante que fue Sastre en *El ser y la nada* aquí se descuida, cree puede decirlo todo, está



Mapa mundial de las antípodas

endiosado y se muestra caprichoso. Por eso lo que opina es aberrante.

Hay errores esforzados, diríamos, heroicos, por ejemplo, cuando los chinos sostuvieron que la Tierra era cuadrada. Creencia ardua de sustentar: ¿cómo puede imaginarse un paisaje que llega al borde del cubo y da vuelta para pasar a la otra cara? Raro, cuando menos. Espectacular y digno de verse. O tal vez los chinos creían algo más sencillo: que la Tierra era, primero, plana, luego, que esa superficie o piel era, en efecto, cuadrada.

El error es a veces más interesante que el acierto. Por ejemplo, cuando Aristóteles sostiene que el pulpo es el único animal que no tiene cerebro. El pulpo justamente del que ahora andan divulgando los naturalistas que es inteligentísimo. ¿Qué llevó a un naturalista del calibre de Aristóteles a pensar eso del pulpo? No sé. No tengo ni idea.

Ahora, la aberración tiene grados, puede ser atroz. Voy y poner dos ejemplos tomados de las cartas de Lope de Vega. Uno menor y tal vez inofensivo, y muy de la época. El otro espantoso e incomprensible. Corren así:

Primero, la abyección que manifiesta frente al Duque de Sessa, por ejemplo, cuando se dice perro al firmar así: “que como un lebrél de Irlanda está a sus pies, leal y firme mientras tuvie-

se vida”, o esta barroca declaración: “aventuraría mil vidas por Cabrera, paje de Vucencia, que a estas horas debe ser la cosa más descuidada de Vucencia”. O esta ya grotesca: “Juro como montañés que si mi sangre fuera necesaria a un caballo de Vucencia no dudaría en sacármela toda, y créame que digo verdad.” Y no, no le creemos, no por un caballo real.

Por último, la aberración abominable. Es algo no que Lope hizo o dijo, sino que vio, se trata de un auto de fe inquisitorial: “hoy ha sido el mayor espectáculo de gente que Madrid ha tenido, porque sacaron a tostar al Hermano que hacía el santo. Llevaron delante de él el brasero tres mozos, azotándolos, y un niño que perdigaron en la llamas”. Es decir, que además de quemar vivo (“tostar”, dice Lope) a una persona llamada el Hermano, “que se hacía el santo”, dispusieron a un niño para someterlo a las llamas, o comenzaron de una vez a quemarlo, lo soasaron, que ambas cosas dice el raro verbo “perdigar”. Y el niño, ¿era judío?, ¿por qué puede ser quemado vivo un niño?

Y Lope muy bien interrumpe aquí la carta diciendo: “mas de esto no más; que aún es feo para escrito”. Y dejemos aquí las aberraciones que, es cierto, pueden ser “feas aún para escritas”. —

— HUGO HIRIART